

EL HÁBITO PRESTADO DE LA RESPIRACIÓN

Martín Puigpelat

*Suspended
en el grave momento del trance
el hábito
prestado de la
respiración*

MANUEL ANDÚJAR

Decálogo particular, inconcluso (Málaga, 1991)

Hoy tengo ganas de llorar y extraño aquel territorio donde llorar sin justificación alguna estaba permitido, cuando la lágrima no tenía porqué ser síntoma de nada, ni siquiera de tristeza. La niñez, aquel descampado fértil regido por parámetros propios, porque la ley y la norma dependían del genio de aquel que se ocupase de ti. Me pregunto en qué momento comenzamos a juzgar lo natural en nosotros mismos, en qué momento la vida se convirtió en autocontrol exiliándonos de lo que verdaderamente fuimos.

En una infancia caben muchas infancias y muchos territorios de ausencia. No como muñecas rusas, ni como garabatos inocentes en hilera. No. Es un abstracto bloque con diferentes caras. Mi infancia fue un cubo de rubik con tara, imposible completar ni uno de sus lados de un solo y único color.

Nací en el año bisiesto que será recordado por un mayo revolucionario, por comenzar en enero la primavera de Praga y porque España ganó Eurovisión con la canción más simple de la historia de nuestra música. Guerras, como siempre, había...lo mismo que avances científicos...gente oprimida y pasando hambre mientras otros derrochan...el mundo es así, tampoco ha variado tanto en los últimos siglos. Al fin y al cabo, ese empeño de la Tierra por girar es lógico que traiga consecuencias.

Era un tiempo de ropa heredada, de chaquetas que se daban la vuelta después de desgastarse, de zapatos ortopédicos y gafotas, de ropa interior

de ganchillo que te tatuaba en la piel las horas de costura de la abuela, de bofetón a la mínima, de historias inacabables sobre tiempos más oscuros, historias de alarma y refugio, aún se llamaba “parte” al telediario y todo era colorado y no rojo.

Nací en el año en que desde Benidorm todo el mundo cantaba La vida sigue igual, y cuarenta y cinco años después todo sigue más igual que nunca, con demasiada gente marchándose a un exilio laboral. El año que nació murió el poeta más poeta y más exiliado, hasta en la memoria de todos, León Felipe, el que se sabía todos los cuentos, y Manuel Andújar ya estaba en Madrid para quedarse.

Pero de todo aquello supe un poco después, el primer tiempo no corresponde a la infancia sino a un limbo inconcreto que forma parte de la cámara oscura. Un bodegón llamado álbum de fotos para desempolvar las tardes de invierno o para curiosidad de extraños. Otro objeto obsoleto que ya no dejará sentencia de las infancias que vienen.

Entonces...¿De quién hablar? ¿De mí? ¿De la niña vedette? ¿De la niña con mutismo selectivo? ¿De la niña ciclista? ¿De la niña fea? ¿De la niña triste? ¿De la niña enferma? ¿De la niña poeta? ¿De la niña tímida? ¿De la niña miedosa?

La memoria es sólo recreación, la infancia forma parte del relato de los que entonces eran adultos, de las fotos, de la pátina, de todos los complejos diluidos, del musgo... Sólo creo recordar con claridad la luz, en especial la luz del verano entrando por la ventana de la habitación de mis abuelos. Porque las sombras de mi alcoba en las noches de pánico insomne han perdido la densidad y la prestancia, y ya no soy capaz de definir las con el hilo preciso. Pero la luz del verano en la tarde saturaba el blanco y convertía cualquier duda en calor, no se bajaba a la calle a jugar hasta que esa luz no se declinara como un nombre.

La memoria es una máscara sin fiesta, el fraude de la soledad. Y la infancia es ya un erial de lo que alguna vez debió de ser un jardín. Paradojas de la vida, lo que hoy es un árbol fue sólo una ramita en aquella infancia...una ramita de fuertes raíces asentadas en un antiguo de dolores y muertes, esa España de negro desde tiempos inmemoriales.

La memoria se dedica a borrar la verdad. La realidad deja de existir cubierta por diferentes estratos de esfera de reloj.

De la infancia nos exilian los espejos, pero voy a intentar hacer un esfuerzo de veracidad y contar las cosas tal y como fueron en alguna de sus diferentes caras.

Nací en un país que avanzaba enmascarado en una dictadura, un país sólo abierto al exterior de los niños negritos que se morían de hambre y servían para hogar de moscas, un país diferente repleto de bailes regionales y abuelas de negro en zapatillas con la suela amarilla. Crecí escuchando historias de la guerra y canciones de la Piquer, comiendo gachas, bacalaitos y pozas de vino con azúcar (no he vuelto a probar ninguna de estas cosas a pesar de que todo sigue existiendo). Y ya sé que no cuento nada original, nada sorprendente. Mi infancia es la infancia de millares de niños. Pero no. El exilio fue para cada uno diferente. Abandonar el territorio de la infancia a la orilla de una zona dolorosa, ese adiós a la inocencia que tanto se llevaba en los setenta del pasado siglo, no se gestaba ni se veía venir, por lo tanto, siempre llegó en el momento más inoportuno.

Nací en una ciudad por la que habían ya pasado todos, *una ciudad de más de un millón de cadáveres*, un pueblo grande en el que todos tenían pueblo al que marcharse en vacaciones menos mi hermano y yo. Crecí viajando en metro y más lejos aún en las tardes de sesión continua en aquellos cines del barrio que luego fueron bingos o supermercados o simplemente sucios solares hoy en día. Había tardes especiales de cine de estreno en la gran vía con la ropa de domingo y zapatos relucientes. Aquella ciudad llena de “grises” y patios de vecina, con el mayor número de denominaciones de calles que hay en el mundo, con su olor a frito y sus cuestras, fue mi primer arrope.

Nací en un hospital de monjitas porque los demás no daban ni un duro de los de entonces por mi vida y allí pasé el primer tiempo. De cómo me afectó no podría asegurar nada, sólo sé, porque me lo han contado, claro, que me separaron de mi madre para que no me cogiera cariño ya que mis esperanzas de supervivencia eran pocas. Me exiliaron desde el mismo instante en que llegué al mundo, perdí el latido y el olor de la tierra en que me había criado.

Las monjas no me robaron ni me vendieron al mejor postor porque tampoco encontraron a nadie que diera un duro por mi futuro, así que me reintegraron a mi madre demasiado tarde, perdidas ya la posibilidad de teta o colecho, de amar o mamar. Nunca recordé si recordaba su olor. ¿Saben los animales que su madre es su madre sólo con lamerla? ¿Tenemos realmente necesidad de madre para desarrollarnos? ¿Existe la necesidad de patria? ¿Sabemos que somos de un lugar por su olor? ¿Somos acaso de algún lugar concreto? ¿Oía mi madre a patria? Lo que sí sé es que recuerdo ese olor sólo cuando lo huelo.

Nací tan pequeña que era fácil extraviarme, así que para hacerme notar cogí todas las infecciones que estaban a mi alcance y aunque no sabía hablar, respiraba muy fuerte, como cualquier ogro de cuento. Los mocos eran mi poder.

Los mocos fueron mi exilio. Respirar en otro mundo, en la hostilidad de lo diferente. Estrenar pulmones con un hábito prestado. Cambiar el líquido por luz y restañar el silencio con más luz. Los mocos fueron el resultado a sobrevivir y la razón de mi crecimiento. El primer exilio.

El segundo exilio consiste en separarnos radicalmente de lo animal, enseñarnos a esconder todo lo que hasta ese momento se nos aplaudía. Pero esto ya no lo recuerdo. El hábito prestado de ocultar las denominadas miserias físicas convirtió el placer en algo vergonzoso.

No existe una memoria lineal, ni un sentir homogéneo, sólo piezas sueltas, pequeñas pistas que conducen a un laberinto en ruinas. Crecí, crecí, crecí. Era alta. Tenía pelo, mucho pelo. Días de mucho. Vísperas de nada. Crecí, tardé en hablar. Me gustaba mucho la bicicleta. La leche y la carne. Me gustaba estar sola. Leer. Y crecía, era alta y muy delgada. Crecía sin sentido como una marioneta en manos de un viento perverso. Crecía a cada pedal, a cada vuelta a la casa. Crecía merendando con Gloria Fuertes. Gloria estaba en la tele y yo era muy feliz. Me llevó mi padre a verla a la feria del libro y compramos poesía para adultos aunque ella me decía que no era para mí, que yo aún era muy pequeña...creo que es mi recuerdo de la infancia más feliz. Pero crecía y tuve que ir al colegio.

Aquí debería escribir en un tono más oscuro, porque todo cambia, el laberinto se hace más profundo, subterráneo, maloliente. Pero no existe letra capaz de demostrar ese tipo de negro. La cara imposible del cubo, la cara impronunciable.

Yo vivía en una isla y me exiliaron al continente. Qué doloroso recordarlo.

Pero no voy a entrar, sólo unos datos concluyentes: gafotas de la época, montura de metal y el frente negro, parche en el ojo bueno para recuperar el vago, dientes rotos, timidez enfermiza, quizá soberbia...

Yo vivía en la isla de la galleta maría y el colacao, de las lentejuelas y las plumas del taller de sombreros que era la casa y me exiliaron a un país donde la risa era araña o escorpión. Y entonces se levantaron los fantasmas. Los muertos de los muertos, todas aquellas historias de cuneta y paseillo, de campos de concentración franceses, de mujeres rapadas,

de familias enteras durmiendo en un solo colchón (un mundo de lana amarilla que apalea cada mañana), de meningitis y chinches, de hambre y hambre y más hambre.

Sin darme cuenta había crecido sobre un suelo de escombros, sobre lápidas conocidas o anónimas, sobre el dolor. Cuántas historias, cuántas veces repetidas, cuántas exiliadas al silencio, cuánta hiel. [Imposible olvidar los días de luto nacional de aquel año de mis siete años, con las marchas militares que no paraban de entrar por los huecos de las ventanas de hierro (qué gran invento el climalit para un pacifista) de ese piso cercano a tantos cuarteles. Imposible olvidar el miedo y la alegría que destilaba la familia. Y de nuevo todas las historias y más sobre la mesa: el tío abuelo que fue denunciado por una vecina, los garbanzos que mi abuelo robaba con una caña a los sacos de los nacionales, el vecino de aquella amiga de la abuela que había matado a todos sus familiares y con el que tenía que seguir conviviendo puerta con puerta...] Sin darme cuenta traspasé la frontera y caí de lleno en el miedo, esa otra tierra poblada de sombras y monstruos.

Yo vivía corriendo por la casa y me exiliaron a un pupitre, una celda con cajonera para desgastar codos y grafito.

Mi destierro no vino provocado por la llegada de otro hermano. No. Conmigo muere la stirpe. Me desterraron los hermanos de los otros. En la nueva provincia todo era hostil –lo extraño es hostil por definición–, caía un cielo de tiza y las baldosas me reconocían de tanto mirarlas. No hay una humanidad infinita rodeando el planeta con sus manos unidas. Eso lo supe desde bien pronto. Todo corro de niños esconde un respunte salvaje y siempre necesitan un balón al que dar patadas. Así son la vida y los juegos, una mezcla de sal y luz amarga que demuestran que la humanidad es despreciable. Aunque uno a uno, a veces...

En las tardes que no hacía demasiado frío ni llovía me dedicaba a vivir sobre dos ruedas, sobre pedales. Me gustaba anochecer en las vueltas y hablarle a la luna. Era una niña absurda, quizás aún lo sigo siendo. Porque me niego a abandonar parte de la niñez, parte de la tristeza, toda la soledad. No suelen dejarte sola en la infancia y sin embargo, aún con personas siempre alrededor, nunca he tenido tanta conciencia de soledad como entonces. La soledad tendía a hacerme invisible. Si era invisible tampoco podrían hacerme daño.

En las tardes que hacía demasiado frío ayudaba con la costura. Engarzaba perlas falsas y canutillo dorado con los que se adornaría una

peluca a lo mariantonieta. La magia del teatro definida desde la cabeza de una vedette, me animaba en la esperanza de conocer otros mundos más llenos de brillo y de color. A veces sonaba Elena Francis o las peticiones del oyente. Procuraba no resfriarme, me habían prestado una respiración que no era la que me correspondía por parte de madre y no debía perderla. Poco a poco aprendía a saber que perder es el único fin para el que hemos nacido. Aunque no se nos enseñe, lo aprendemos enseguida.

En aquellas tardes comencé a escribir para dejar constancia de todo lo perdido. Como si se pudiera cambiar verdad por letras.

No sé en qué momento ya no hubo marcha atrás. Volver es un verbo abstracto, concreto en lo físico pero incapaz en lo demás. Jamás vuelve quien se fue. Las heridas del exilio te cambian para siempre y no existe la posibilidad de mirar las cosas de antes con los mismos ojos. La presbicia o la cicatriz en la mácula impiden que la silueta sea la que fue. Las cosas, indefectiblemente, han empequeñecido y la mano temblorosa que quisiera atraparlas descubre que el pasado sólo es arena entre los dedos. Volver es un verbo intransitable. Siempre se vuelve tras una guerra, asomarse al mundo supone pelear, mostrar los puños. Volver es un verbo sin idioma.

Aunque el camino a momentos sea circular, una espiral de viento y piedras, sigue y sigue y deja atrás cualquier permanencia. Madurar es que te expulsen del jardín del edén y te obliguen a sangrar todos los meses y a ganarte el pan con el sudor de tu frente, a pasar fríos y penalidades... Esa larga lista de antónimos que significa envejecer. El caso es que a mí el Paraíso me duró bien poco. El Paraíso se llamaba entonces Carmen, Eladia, Dalmacio, exactamente igual que mis abuelos.

Sólo queda un resquicio de realidad inalterable que ninguna persona, ni siquiera el tiempo, maldito ciclón devastador, ha podido robarme: la mirada cómplice de mi hermano, mi hermano mayor, el incondicional compañero de aquellos días primeros, al fondo del cajón de mi memoria.

En la infancia maduran los gestos que serán, las ganas, el camino. La infancia es siempre una capa interna de la piel de nuestra sombra, allí se queda agazapada, dispuesta a salir ante el primer ataque, el último ataque. En la infancia se impregna la respiración, el primer exilio es lanzarnos al aire, quebrar los pulmones, acostumbrarnos a respirar, algo impropio, algo que no estaba preestablecido. Éramos anfibios, pequeños, un simple amasijo de luz en el oscuro. Éramos el fundamento de la penumbra.

En la infancia, cuando el tiempo es lento y las rodillas acumulan secretos, el alma de alguna vieja canica y los terribles bordados de volver para volverse siempre a levantar. No sé si vivir es caer o levantarse, sólo sé que en aquellos días largos aún no había nacido la conciencia. De un exilio a otro, saltando de provincia a provincia ignorante de los límites aunque no del dolor. No me gustó nunca demasiado la geografía, prefería, sin duda alguna, el contorno de la vida, la frontera del pensamiento, la revolución del mar.

A veces me sentí exiliada en el mercado, cuando mi madre me pedía que me quedase en la cola de la frutería mientras ella compraba el pescado. Ese cielo de señoras voceando sobre mi cabeza me enseñó lo que era la ausencia, sentir el dolor de ausencia. Y ese dolor, duele tanto...

A veces recobraba el sentido de las letras, al quitarme el parche del ojo derecho y dejar de esforzarme con las sombras, con la hilera de insectos bailarines en que se había convertido mi idioma escrito, sólo descifrabable por mi triste imaginario. Mi visión siempre fue desde el lado izquierdo. Sin parche las letras adquirirían el valor de lo preciso, y eran tal objeto de mi deseo que firmé un firme compromiso de respeto y adhesión. Mi idioma es mi verdadera patria, el idioma que fui forjando a base de extraerlo de las sombras igual que el escultor rescata la imagen de la piedra. El idioma que sustituye a mis exudados es el único territorio al que pertenezco. El exilio verdadero sería dejarme sin él.

La memoria empaña los cristales. Sobre el vaho dibujo con el dedo una casa, un árbol, un sol... la casa no tiene ventanas, el árbol quiere ser una encina y el sol se ovala hacia el oeste. Mi memoria respira mal, el hábito fracasado del humo ha acabado convirtiéndola en un coladero impreciso.

La infancia está llena de exilios, plagada de pequeños exilios sin importancia, roces de luz o hielo. El exilio está lleno de infancias, al fin y al cabo lo que un exilio te roba es el aire y el olor, sobre todo el olor, el aroma de las cosas con las que te has criado, el sudor de la tierra o el de las aceras de tu barrio, el sabor de la merienda y de los besos tibios de la abuela, la prestancia de la lana y la serenidad del idioma que escucharon tus brazos por vez primera.

Dice Wajdi Mouawad en su última obra que el exilio es la imposibilidad de recuperar el tiempo perdido. Por lo tanto, no vuelvo. Respiro. Porque hoy hace ganas de llorar y afuera tengo frío.